



Verónica Gerber Bicecci,
La compañía

(Ciudad de México, Almadía, 2019, 199 pp.
ISBN 978-607-8667-10-9)

por Federico Cantoni

A finales de 2019 la página en castellano del *New York Times* declara con certidumbre que los mejores libros del año han sido escritos por mujeres. Varias son las autoras y los textos mencionados a soporte de esta tesis, y entre estas el nombre de la escritora que el periodista Jorge Carrión considera más interesante es aquello de la mexicana Verónica Gerber Bicecci, incluyéndola en este listado por la publicación del volumen titulado *La compañía*.

La autora, ya ampliamente consagrada a los favores de la crítica después de la publicación de su primera novela *Conjunto vacío*, en 2015, en realidad ha sido particularmente prolífica en el año pasado, con tres libros publicados que han hecho que la revista de arte mexicana *La tempestad* la eligiese como autora del año.

El particular estilo de Gerber Bicecci –“artista visual que escribe”, como ella misma se define en su página web– se caracteriza por el cruce en la página de varios medios expresivos que concurren a armar un discurso que, a través del fragmento, ilumina cuestiones contundentes que involucran tanto los individuos, como la totalidad del cuerpo social.

Si bien estas características aparecían ya evidentes en el complejo tejido de *Conjunto vacío*, que, a través de la teoría matemática de los conjuntos, abarcaba la temática del exilio argentino en México a través de un estilo que mezclaba palabra escrita y representación gráfica (en particular diagramas de Venn), ahora, con *La*



compañía, Gerber Bicecci lleva su estilo a un nivel todavía más estratificado, superponiendo no tan solo palabra y representación gráfica, sino diferentes palabras de diferentes sujetos y diferentes tipos de elementos gráficos y visuales para iluminar una estampa de la vida mexicana contemporánea e investigar sus significados más profundos e inquietantes.

En *La compañía*, a través de una compleja estructura textual, Gerber Bicecci enfoca su atención en los acontecimientos vinculados a una mina de mercurio en el pequeño pueblo de San Felipe Nuevo Mercurio, en el estado mexicano de Zacatecas.

No se trata ni de un reportaje ni de un texto ficcional, y sin embargo implica ambos géneros textuales, así como otros cuales el testimonio, el ensayo científico, el informe y la entrevista, superpuestos a ulteriores tipos de textos, esta vez visuales, constituidos por fotografías, dibujos técnicos y artísticos.

Pero antes de enfocarse, y al mismo tiempo para enfocarse, en *La compañía* y su compleja estructura, es necesario considerar como el texto mantiene una densa red de relaciones hipertextuales con una constelación de hipotextos que, de hecho, lo construyen.

En efecto, la voz de la autora interviene muy raramente en *La compañía*, su presencia se concretiza más bien en la elección de una serie de recortes de otros textos, en su ordenamiento y en su superposición con materiales gráficos.

Así la primera parte del texto,¹ titulada "a." y marcadamente ficcional, se construye a través de la reescritura del cuento *El huésped* de la escritora zacatecana Amparo Dávila, publicado en 1959. Una reescritura, sin embargo, que interviene sólo en pequeños detalles del texto: Gerber Bicecci se limita a sustituir los nombres de dos personajes, la mujer que ayuda a la protagonista en los quehaceres domésticos – Guadalupe, en el cuento de Dávila – se nombra "la máquina", mientras el espantoso huésped que acecha a las dos mujeres, una criatura que nunca se entiende si es humana, animal, ambos o ninguno de los dos, en la versión de Gerber Bicecci adquiere el nombre de "la Compañía".

El texto de Dávila es cortado en pequeños bloques de frases, cada uno superpuesto en la página a una fotografía del pueblo de San Felipe Nuevo Mercurio². También las fotografías, al ingresar al texto, padecen una manipulación: Gerber Bicecci las inserta en blanco y negro, con alto contraste y, sobre todo, superpone a muchas una serie de elementos gráfico geométricos que tienen una precisa origen en la obra *La máquina estética* (1975) del artista abstracto mexicano Manuel Felguérez.

Lo que aparentemente es una acumulación de códigos compleja y poco inteligible adquiere una fuerte carga semántica si se considera las relaciones que, aunque no inmediatamente evidentes, unen el texto y las imágenes.

Las fotografías del pueblo superpuestas a los "ideogramas" (así llama Felguérez sus dibujos) acompañan siempre fragmentos textuales en los cuales es mencionada la

¹ Esta primera parte del texto nace en realidad como parte de la instalación *La máquina distópica*, expuesta en 2018. Para más información: <http://www.lamaquinadistopica.xyz/>. Consultado el 12 abr. 2020.

² Algunas de estas fotografías fueron sacadas directamente por la autora, mientras otras provienen de dos archivos (193).



máquina, personaje positivo en el cuento, mientras cuando aparece la espantosa figura de la Compañía se acompaña a fotografías de botes de residuos tóxicos o de piedras de mercurio. Cuando ninguno de los dos personajes es mencionado las fotografías representan las ruinas del pueblo, hoy en día abandonado.

Sin embargo, para que esta tripartición icónica adquiera todos sus significados, es imprescindible ponerla en comunicación con la segunda parte de *La compañía*, titulada "b."

Esta segunda parte del texto es todavía más fragmentaria que la primera al ser construida a través de la unión de cien fragmentos sacados de una amplia variedad de hipotextos cuales informes, notas, diagnósticos médicos, ensayos científicos, entrevistas, diagramas de la mina y mapas del pueblo.

A través de estos fragmentos Gerber Bicecci construye el relato de San Felipe Nuevo Mercurio: el auge de la actividad de extracción minera de cinabrio (el mineral del que se saca el mercurio) en los años treinta, la industrialización de la mina y la fundación de la compañía Mercurio Mexicano, la exportación de los materiales a Estados Unidos, el rápido crecimiento de la población y, consecuentemente, del pueblo, hasta llegar al declive de San Felipe Nuevo Mercurio a mediados de los años setenta, cuando los estadounidenses que gestionan la mina empiezan a introducir ilegalmente al lugar desechos nucleares que causan intoxicaciones en el terreno y enferman los habitantes del pueblo. Gerber Bicecci relata también las investigaciones sobre el nivel de contaminación del área y la emigración de la población que dejó el pueblo en ruinas (así como es retratado en las fotos de la primera parte).

A la luz de esta labor de reconstrucción de las historias del pueblo y de sus habitantes cobra definitivamente sentido la primera parte del texto: la protagonista del cuento de Dávila se convierte en imagen textual que remite al mismo territorio, dividida entre la presencia benéfica de la máquina que la ayuda, así como las máquinas de extracción minera favorecieron el progreso económico y social de San Felipe Nuevo Mercurio, y la presencia acechadora de la Compañía que intenta matarla, exactamente como la compañía minera gestionada por estadounidenses intoxicó el suelo, condenando a muerte la población. Lo que queda de estas dos presencia son los restos, las ruinas del pueblo, que como ya se mencionaba son lo único que aparece en la primera parte cuando faltan la máquina y la Compañía.

Es por esta razón que Gerber Bicecci arma un verdadero palimpsesto de varias textualidades que, aunque creen un relato coherente, lo hacen siempre desde la fragmentariedad y a través del fragmento.

Este razonamiento aparece todavía más evidente si se considera que Gerber Bicecci modifica otro detalle del cuento en la primera parte, cambiando el tiempo verbal al futuro y la voz a la segunda persona. El relato se convierte así en profecía de una voz que desde la ruina lanza su grito monitor, una especie de Casandra post-nuclear que habla en un desierto de residuos tóxicos esperando alguien que la escuche.

La voz narrativa se transforma así en testimonio de la persistencia intrínseca al territorio mexicano de lógicas que remiten al pasado colonial, mostrando como aun hoy en día la tierra del país y sus riquezas sean explotadas por el norte estadounidense sin el mínimo cuidado por la salud o el empobrecimiento de la población local. De hecho, no sorprende que todos los recortes que, en la segunda parte, describen analíticamente



los recursos mineros de San Felipe Nuevo Mercurio, sin mencionar los peligros de intoxicación del suelo, sean en inglés, mientras todo los informes, los diagnósticos, las entrevistas y las notas recurren al español.

Sin embargo, aunque la trayectoria del texto se instala siempre en una atmosfera de acecho, miedo y disgregación, se vislumbran también señales de un futuro que a una primera mirada podría parecer imposible. De hecho, una serie de recortes textuales de la segunda parte relatan de la apropiación de las minas abandonadas por una colonia de murciélagos. La oscuridad de los túneles abandonados se convierte en hábitat hospital para estos animales, como para señalar que, no obstante la violencia que el ser humano puede ejercer sobre la naturaleza para su provecho económico, esta siempre encontrará una manera para restablecer una forma de equilibrio.

Gerber Bicecci arma entonces un relato de las ruinas desde las ruinas, una espantosa instantánea de la reverberación colonial que todavía persiste en el territorio mexicano, y lo hace a través de una escritura polifónica y heterodoxa que logra abarcar todas las facetas y los matices del fenómeno, también gracias a la hibridación de la escritura con otros códigos que permiten una poderosa amplificación de su mensaje.

Federico Cantoni

Libera Università di Lingue e Comunicazione IULM

federico.cantoni1@studenti.iulm.it

I raccomandati/Los recomendados/Les recommandés/Highly recommended

N. 24 – 11/2020

ISSN 2035-7680

403